

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

DICIEMBRE N.º 58. GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V. 1879.

Se publicaran ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenezca.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

## Sumario.

**Calvario y Redencion**, cartas de tres hermanos, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—**A mi querida amiga, Srta. Doña María Darnáude**: poesía, por Carmen Solana.—**La Pendiente del Abismo**, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—**El Apostolado de la Familia**, por X.

## CALVARIO Y REDENCION.

### CARTAS DE TRES HERMANOS.

Valeria de Aguilar, á su amiga Edmunda.

Mi carta te sorprenderá, Edmunda mia, mi carta te sorprenderá y mucho más aún cuando leas su contenido y puedas ver mi alma reflejada en él.

Tu que me conoces, tu que sabes la impetuosidad de mis pensamientos, lo violento de mis impresiones, y que habías visto crecer y formarse en mi corazón la flor única y sola de un sentimiento puro, suave y casto, no podrás menos de dudar si soy yo la que te escribe, cuando veas estampada en este papel la noticia que voy á darte.

Dentro de algunos días, tu orgullosa amiga la altiva Valeria de Aguilar, unirá su suerte, no á la del hombre que ama con todo su corazón, no á la del único ser superior y digno de ella que ha encontrado en el camino de la vida, sino á la de un joven desdichado cuya mente á enloquecido, y cuyo porvenir sería espantoso si esta unión no llegara á efectuarse.

La compasión sustituirá en esta boda al amor, el cumplimiento del deber, á las expansiones del corazón: á la alegría, la abnegación: á las esperanzas de felicidad, otras esperanzas más lejanas y menos risueñas, pero ardientemente anheladas por mi alma que verá en su realización cumplidos sus votos más sinceros.

Me preguntarás, sorprendida, como ha podido verificarse este cambio: como yo, que me he burlado de los sentimientos más grandes, que he seguido adelante en el camino de la existencia, apartando con mano vigorosa los obstáculos que encontraba al paso, sin pararme á meditar si eran malos ó buenos los medios que empleaba para ello, como yo, repito, como yo, que no tenía más ilusión que la riqueza, más móvil que la ambición y el brillo, he podido descender á este enlace, he podido ceder á un impulso desconocido hasta ahora por mí, al impulso de la compasión, y decidirme á ligar mi porvenir á el de un hombre oscuro, pobre, y que solo sabe ser esclavo mío.



Si, tu me preguntaras todo esto, á lo cual no podré responderte, porque yo misma no lo sé.

Hay sentimientos tan ocultos y tan misteriosos en el alma, que solo el alma misma puede definirlos.

Hay seres tan maravillosamente dotados, que ejercen su influencia en todo cuanto les rodea, y que transmiten á los que tienen en derredor, todo el bien que de ellos emana.

Fabian es uno de esos seres.

Él, con una palabra trueca el mal en bien, el vicio en virtud, la frialdad en heroísmo.

Y todo esto sin esfuerzo, sin proponerse á conseguirlo, sin exigencias, sin promesas, sin nada en fin, Edmunda mía.

¡Oh! si él me hubiera amado! que inmensa hubiera sido mi felicidad, que plena y cumplida mi dicha! y ¿de qué accion grande no me hubiera sentido capaz?

Pero, ¡ay! que en la tierra no caben esas venturas, y él, lejos de pensar en mí, á consagrado su vida á otra.

A otra, ¿lo comprendes, Edmunda? y esa otra es mi hermana, es Angelina que se alza á mi paso vengando á su madre y enseñándome á creer que existe una providencia: una providencia que premia y castiga, pero que perdona y rehabilita.

Así lo creo, así lo espero desde que amo! y él tambien me perdonará, él tambien olvidará mi anterior conducta! ¿por ventura no es el perdón y el olvido el atributo de las almas generosas? y ¿que alma más noble, más elevada que la suya? si, él tambien borrará el pasado de su memoria, y mirando solo al presente me concederá su estimacion, ya que no es dueño de consagrarme su amor.

Por qué, ¡ay! de mí, Fabian dice muy bien!

«El marino más esperto puede guiar la nave, pero no es dueño de disipar la tempestad!»

Las borrascas del corazón tampoco puede serenarlas la mano del hombre, tampoco puede extinguirlas su voluntad.

Si esto fuera posible ¿no arrancaría yo de mi seno esta pasión tan sin esperanza y que de tal modo me domina?

Pero no, digo mal, este amor es tan grande, es tan sublime que yo no quiero apagarlo, aunque me haga desgraciada.

Por él seré otra muger, á él le deberé mi regeneracion, le deberé mi retorno al bien.

Por que, tu no sabes! Fabian á caso me ha comprendido mejor que yo misma me comprendía!

El á sabido adivinarme! cree que soy grande, emprendedora y potente, pero no infame ni mal-

vada, como yo, necia de mí, algunas veces me juzgaba!

A la vez, y con el solo deseo de agradarle, he sentido despertarse en mí un afán indecible de practicar la virtud, de elevarme sobre las miserias de la vida, y vencer todos los gérmenes de mal que antes brotaban en mi pecho, y ¿creerás lo he conseguido con solo el poder de mi voluntad, con solo el poder de su amor?

Si antes era dura y altanera, hoy amo la bondad, porque la bondad es bella á sus ojos: amo el bien, porque el le practica; amo... hasta á mi hermana porque es el ídolo de su alma y porque en breve llevará su nombre.

Después de haber tenido con él, una larga entrevista, en que se mostró á mis ojos, leal y sincero como siempre, en que los dos nos compramos, y en que confiando en mí, destruyó los medios con que podía probar una de las acciones más culpables de mi vida, y puso en mis manos la suerte de mi hermana; quedé sola en mi habitacion por algunos instantes presa de mil encontradas pasiones, que no te sabría describir.

Dios hizo sin duda que prevalecieran las ideas que él deseaba, las que habia querido infundir en mi mente y en mi espíritu, y la Valeria de ayer, quedó dominada y vencida por la Valeria de hoy.

Cuando alcé mi frente, después de una larga meditacion, el ángel de mi guarda debió sonreír lleno de gozo y tender su vuelo á Fabian, bendiciéndole por la ayuda que le habia prestado para salvar y regenerar mi alma.

Adoptando una enérgica y poderosa resolucion borré la huella de mis lágrimas, compuse mi rostro y me dirijí al despacho de mi padre.

Este me recibió como siempre, lleno de amor, pero triste y preocupado.

—Mande V. que nos dejen solos, padre mio, le dije, tenemos que hablar detenidamente.

Mi padre dió á uno de sus dependientes la orden de que nadie le molestara, y se volvió á mi diciéndome con estraneza.

—Vamos, ¿que apetece? que me vienes á pedir? si es algun nuevo traje? si es algun aderezo, con haberte dirijido á mi cajero.... hoy no te negaría nada: estamos de enhorabuena: ya sabes que el viaje de Fabian á disipado todos nuestros temores con respecto á la casa de Londres, puesto que ha retirado los fondos que teníamos en ella, y gracias á su actividad, hemos evitado pérdidas considerables, pues Castel, sin saberse el motivo, ha cerrado sus oficinas, y á desaparecido de la noche á la mañana, sin poderse saber su paradero.

Estas noticias han llegado en el correo de hoy,



y á la verdad me admira que Fabian haya logrado vencer todos los inconvenientes que se le presentaban, salvando nuestro crédito sin pérdida alguna. Ya ves como decia bien al manifestarte que estábamos de enhorabuena; y que te otorgaria cuanto desearas.

—Mucho me alegro, padre mio, de hallar á V. en esa disposicion de ánimo, pues me interesa que hoy acceda V. á mis solicitudes.

—Tus solicitudes! entonces....

—Hablaré primero de mi hermana, despues...

—De tu hermana! exclamó mi padre con pesar, mientras una nube de disgusto oscurecia su frente; de tu hermana! ¿no la he separado de mí? no la he desterrado de esta casa? quieres más todavía?

—Sí, padre mio, murmuré turbada por aquella especie de reconvenccion; sí, quiero que hoy mismo vuelva á mi lado.

El me miró con desconfianza.

Acaso recordaba mi conducta con la pobre niña y temía una nueva maldad, ó una crueldad nueva de mi parte.

Sin duda el remordimiento empezaba á acusarle por su conducta con aquella infeliz á quien apesar de todo habia condenado sin oírle.

—Que vuelva á tu lado! exclamó: y para que?

—Para reparar en ella las injusticias que ambos hemos cometido, dijo con tristeza.

—¿Que dices? repitió más absorto cada vez.

—La verdad! oh! la verdad sola.

Angelina no ha tenido más culpa, que el exceso de mi ambicion, que el exceso del amor que V. me profesa.

En mi acento, en mis palabras habia algo sin duda tan solemne y tan resuelto, que mi padre quizá adivino todo el pasado, pero no se atrevió á preguntar nada más.

Dominado sin embargo por mi actitud.

—Será como quieres, dijo, hoy mismo volverá.

—Y.... no es esto solo, murmuré despues de un instante de vacilacion, no es esto solo.

—Hay más?

—Sí, un hombre noble, rico, digno de ella, la ama y debe venir á pedir su mano.

—Su mano!

—Sí señor, ese hombre es Fabian de Ossorio, marqués de Alba Luz, que ha recobrado unos bienes y un título que le habian usurpado villanamente.

—El marqués! ¿y tú quieres?...

—Yo, padre mio.... dije con una voz que parecia desgarrarme el pecho: yo apoyo esa petición y deseo que V. acceda á ella.

—Pero.... olvidas que Angelina?

—No: nada olvido! sé que la pertenecen casi la totalidad de nuestras riquezas, pero no importa! es preciso que sea la esposa de Fabian.

Hija mia, hija mia, recuerda que tu....

—Yo nada quiero! de que me serviria ese oro que tanto he ambicionado si....

¡Mi labio enmudeció! el secreto de mi alma iba á escaparse de ella, pero me contuve á tiempo.

—Padre, dije lentamente, todas las riquezas de la tierra no son bastantes para comprar la paz del alma y yo no quiero vivir así mas! si me ama V. ceda á mi ruego, y concédame el favor que le pido.

—Si te amas! si te amas! Oh! sin este amor tan inmenso que me has inspirado ¿crees que yo?... porque tambien he dudado mucho, he pasado largas noches de incertidumbre y de lucha, y tambien á mi vez he pensado algunos dias, que vale más que el brillo y la fortuna, la tranquilidad de la conciencia.

—Pues bien, devolvamos á Angelina el caudal de su madre, y así....

—Pero tu....

—V. trabajará para mí, además....

—Que?

—Yo tambien estoy resuelta á fijar mi suerte, por qué....

—Sigue.

—Porque amo, padre mio, amo á un hombre, y quiero hacer su felicidad.

—Mi padre me miró sorprendido.

Jamás habia pensado que yo le hablase de aquel modo.

—Pero ¿quien es? me preguntó, quien es el que ha fijado tu pensamiento.

—Un hombre de cuyo afecto estoy segura, un hombre que me ha consagrado su vida hace muchos años: un hombre á quien yo á mi vez quiero dar la ventura, quiero hacer feliz.

—Ya sabes, Valeria, que mi único afán es verte dichosa, y si es digno de tí....

—Su honradez está probada, y si hoy no tiene bienes de fortuna, recuerde V. que yo voy á ser pobre tambien.

—Pero quién es? ¿cómo se llama ¿donde está?

—Vive en esta casa, y su nombre es Julio.

—Julio! murmuró mi padre! pero tú....?

—Yo le amo! respondí sin vacilar.

—Y vivirás contenta si yo....

—¡Oh! si V. consiente, me habrá dado toda la parte de dicha que ambiciono sobre la tierra.

En aquel instante llamaron á la puerta del despacho.

—¿Quien es? preguntó mi padre, ya he dicho..

—Soy yo murmuró desde fuera una voz que



me hizo estremecer, soy yo, señor de Aguilar, que deseo hablarle un momento.

Era Fabian.

Mi padre dudaba; yo me levanté y fui á abrir la puerta por mí misma.

El al verme se detuvo un instante indeciso.

—Venga V. Fabian, venga V. exclamé mirándole con intencion. Me he adelantado á cumplir sus deseos; mi padre sabe ya cuales son, y se cree muy feliz en concederle á V. la mano de mi hermana.

—Cómo? exclamó él; V.

—He querido decirselo todo, porque al saberlo de mi lábio, la noticia de esta doble separacion le será menos dolorosa.

—Una doble separacion? murmuró Fabian sin comprenderme.

—El viejo tronco, exclamé mirando á mi pobre padre con ternura, el viejo tronco se verá privado al par de sus dos ramas! Tambien yo fijo mi suerte, tambien yo seré esposa en breve! Esto es lo que le suplicaba llorando.

Fabian me miró con sorpresa; casi con admiracion, con ternura quizá.

¡En aquella mirada encontré aliento y recompensa!

Mi padre permanecía callado, y yo adivinando su pensamiento.

—Julio y yo, dije, viviremos con mi padre, cuidando de sus intereses que serán los nuestros, viviendo para él... para él que nada perderá en esto, pues en vez de una sola hija le quedarán dos que le amen y le respeten.

—Ya sabes que tu bien ha sido siempre mi afán; sea como tu lo quieras! exclamó dirigiéndose á mi con un cariño infinito.

Oh! ya estaba resuelto el porvenir.

Julio y Fabian podian considerarse dichosos y me deberian su bien.

En aquel instante me sentia satisfecha de mí.

Mi padre accedió á cuanto quise y quedó resuelto que aquella tarde saldria Angelina del convento, y empezarian los preparativos de boda.

Ya vez que cumplia dignamente el deber que me habia impuesto!

Ni Fabian ni mi padre quisieron entonces hablar de la creacion de intereses que aplazaron para el siguiente dia.

Al separarnos, al salir de aquella estancia, Fabian me acompañó un instante.

—Participe V. á Julio mi resolucion, le dije, y añada V. que sabré ser una buena esposa para él.

Fabian me miró conmovido, estrechó mi mano y me dijo con un acento que no olvidaré jamás,

—Gracias, hermana mia, gracias por él y por

mi! despues del amor, el cariño fraternal, es el afecto más dulce que puede ligar dos corazones: ¡Seamos, pues, hermanos desde ahora!

—Sí, respondí; seamos hermanos.

Me alejé rápidamente para ocultar mi emocion, porque me ahogaba el llanto, y el sacrificio empezaba á ser superior á mis fuerzas.

Pero ya estarás cansada: yo estoy fatigada á mi vez y dejo la pluma, ofreciendo sin embargo escribirte despues de la ceremonia de estas dos bodas tan cercanas. A Dios, hasta entonces y ruégale ahora que sostenga hasta el fin el valor de tu amigo,

Valeria.

Continuará,

Enriqueta Lozano de Vilchez.

### A MI QUERIDA AMIGA

Srta. Doña Maria Darnáude y Garcia:

EN EL DIA DE SU PROFESION

¡Porque conmueve al alma  
Feliz melancolia  
Y siento de alegría  
Impulsos de llorar?

¡Porqué de rubor santo  
Mi rostro se colora,  
Y rie al par que llora  
La voz de mi cantar?

Venid, venid al templo;  
Cruza la hermosa nave,  
Y un cántico suave  
Oireis en derredor;

Tended al ara santa  
La luz de vuestros ojos  
Y allí vereis de hinojos  
Un angel del Señor.

Tras el cancel oscuro  
Envueltas por el velo,  
Las hijas del Carmelo  
Estan en oracion.

Rogando que proteja  
El Dios Omnipotente  
Aquel ser inocente  
De vírgen corazón.

Allí está, pura y bella,  
Cual astro de ventura,



Aunando á su hermosura  
La dulce candidez;

Envuelta en blanca toca  
Su frente de azucena,  
Resalta más serena  
Su nivea palidez.

Con tétrico sonido  
Resuena en el convento  
El lúgubre lamento  
De un canto funeral;

Es un adiós al mundo  
Al dolo y la mentira,  
Es que al placer espira  
Un alma celestial.

Más vedla sonriente  
Sin penas ni martirio,  
Ansiando con delirio  
Un claustro en que vivir.

Con esa fe sencilla  
Que en ella resplandece  
Que siempre brilla y crece  
Y nunca ha de morir.

Al mundo despreciando  
Sus pompas y sus galas,  
Abrió sus blancas alas  
Cual bello ángel de luz.

Y ardiendo en fuego santo  
Su pecho comprimido,  
Dejando el patrio nido  
Siguió á Dios con su cruz.

Sus sueños fueron siempre  
El templo y la clausura;  
La gloria eterna y pura  
Fue siempre su ideal;

Orar en los altares  
A Dios, era su vida;  
Su joya más querida  
Un áspero sayal.

Hoy rompes para siempre  
Los lazos mundanales;  
De espacios celestiales  
Se lanza tu alma en pos;

Y en tanto que pronuncias  
Solemne juramento,  
Parece que tu acento  
Conmueve al mismo Dios.

Quo si un mundo se encierra  
Detrás de espeso muro  
Y solo el claustro oscuro  
Te ofrece un ataúd,

Después del sacrificio  
Tendrás la hermosa palma  
Que Dios concede al alma  
En premio á su virtud.

Y cuando allá en el cielo  
Divisen tus pupilas  
Las nubes intranquilas  
Que empuja el aquilon.

Acuérdate que el mundo  
Me aleja de tu lado,  
Y en un suspiro alado  
Te envió el corazón.

*Carmen Solana.*

## LA PENDIENTE DEL ABISMO

(CONTINUACION.)

Ante el descubrimiento de aquel amor casto é inocente, ignorado quizá de la misma que le sentía, Marta permaneció un instante inmóvil y mirando á Luisa fijamente.

La candorosa niña derramaba lágrimas ardientes sin que en su abandono se cuidase de enjugarlas, y la madre de Enrique veía en aquel llanto la espresion de un dolor profundo, igual casi al que acongojaba su alma.

Aquel pesar, producido por la ausencia probable de Enrique, no podía menos de ser simpático á Marta y así fué que estrechando á la jóven contra su seno.

— Esperemos en Dios, hija mía, murmuró; esperemos en Dios! tal vez tendrá piedad de nosotras y secundará los esfuerzos que hagamos para retener á mi hijo.

— ¡Oh! es preciso que él no parta, dijo Luisa con afán.

— Unámonos nuestros esfuerzos, niña, unámonos nuestros esfuerzos para rogar á mi esposo; para hacer que pronuncie una frase de perdón.

— Sí, sí; yo iré, yo me arrojaré á sus pies, yo le diré....



—No perdamos un instante: dentro de algunas horas será tarde.

Las dos mugeres salieron de la estancia, y asidas de la mano, se dirijieron al cuarto de Esteban.

Este aun permanecía allí abismado en sus pensamientos, y preso de un profano disgusto, que solo un corazon combatido por tan contrarios sentimientos, seria capaz de comprender.

Aquellas horas pasadas en la soledad y en la amargura habian caido sobre el alma de Esteban con la pesadez de diez inviernos y añadió á sus cabellos algunas hebras de plata y á su frente algunas arrugas.

De espaldas á la puerta, con el rostro medio oculto en sus manos, y sentado junto á la mesa, se encontraba hacia mucho tiempo, dejando correr su pensamiento por cien espacios tan remotos como ignorados.

Ora veia á su hijo empeñado en una lucha terrible y cercado de enemigos, ora le miraba prisionero, herido, sin vida quiza, pero siempre lejos, siempre solo, siempre privado de su proteccion y de su amparo.

Embebido en estas ideas no oyó los pasos de Luisa y Marta que se habian ido acercando lentamente hasta colocarse muy cerca de él,

La jóven mas débil, mas tímida, con menos valor, cayó de rodillas junto á Esteban sin hacer ruido alguno, y sin atreverse á formular una frase.

¡Oh! allí, en aquella humilde actitud, con su traje blanco y sus hermosos cabellos rubios partidos en dos gruesas trenzas cayendo sobre la espalda, se asemejaba al ángel de la misericordia implorando el perdon para un alma.

Un ancho sollozo, escapándose de su pecho, hizo que el coronel volviése rápidamente la cabeza y la encontrase á sus piés.

—¿Que es esto, Luisa? ¿que es esto hija mia? preguntó entre admirado y receloso; ¿que tienes? ¿por qué te encuentro así?

—¡Oh! Señor! exclamó la niña con una voz empapada en lágrimas; ¡ay! señor vengo á...

—No prosigas! murmuró Esteban, adivinando las palabras que iban á formular los labios de Luisa: no prosigas porque es inútil; porque...

El acento del coronel hizo estremecer á la niña: creyó adivinar en su amargo timbre una negativa severa, y se detuvo irresoluta sin saber como continuar.

Sin embargo Luisa era muger. Luisa amaba, y apesar de su candor, su imaginacion la indicó otro camino por donde llegar á conmover el corazon de Esteban.

—Vengo á despedirme de V. dijo despues de

una pausa y sin intentar mudar de postura.

—¡A despedirte de mí! exclamó el coronel volviéndose en la silla como movido por un resorte. ¿á despedirte de mí?

Marta se mantuvo inmóvil: no podia saber á dónde Luisa iba á parar con aquellas palabras; pero adivinó que eran sin duda un noble subterfugio que el amor le inspiraba en aquel instante.

—Espícate, dijo Esteban mirando con afán á la jóven: espícate: dónde vés? que piensas hacer?

—¿A dónde voy? murmuró ella con acento dulce y tristísimo. Lo sé yo por ventura? ¿á dónde vá la hoja que arrastra el viento de la tarde? ¿á dónde vá el pajarillo cuyo nido á deshecho la tempestad? á dónde vá ¡ay! á dónde vá el que ignora su camino y no tiene una luz que le guie?

Esteban admirado de aquel lenguaje.

—No te comprendo, dijo, no sé que es lo que quieres significar.

—Que debo marchar de esta casa, que debo dejar el hogar que vuestra bondad me ha concedido.

—Abandonarnos! exclamó el coronel aterrado, abandonarnos tu tambien!

—Sí, continuó la niña procurando reprimir sus lágrimas; sí, porque no es justo que el hijo no tenga hogar, ni calor, ni afecto; que tienda la vista en torno, y no encuentre una mirada de amor que responda á la suya, ni una voz que le bendiga, ni una mano que se tienda hacia él, y que una estraña ocupe su puesto, usurpe su lugar, y reciba el amor y los cuidados que solo á él le pertenecen.

—Pero ¿que estás diciendo? tu....

—Yo, señor, dijo la niña con enerjía: yo tendria remordimiento de permanecer en esta casa, sabiendo que Enrique parte solo y desesperado; yo tendria remordimiento de reclinarme aquí mi cabeza en la almohada, pensando que él no tiene acaso, entre los horrores de la guerra, donde reposar la suya; yo ¡ay! de mí, yo no podría gozar en esta casa un instante de descanso recordando que él puede estar herido, muriendo tal vez en tierra estraña y enemiga, con frio, con hambre, con la angustia del desamparo, mientras yo recibo el afecto y el abrigo y el pan á que él solo tiene derecho.

Marta dejaba correr sus lágrimas en silencio. Esteban se sentía trastornado.

—Sí: yo partiré continuó Luisa; la pobre huérfana dejará este techo que la cobijara en su desgracia: este techo que no es el de su hogar: esta morada á la cual ¡ay! la han acompañado la desventura y las lágrimas! quiza en medio de ese mundo que no conozco moriré de dolor.....



sucumbiré sin protectores.... pero siempre, y en medio de la soledad que va á rodearme, bendeciré á los que un tiempo tuvieron piedad de mí y me acogieron como padres.

Hubo un instante de dolorosa pausa:

Esteban vacilaba: Marta y Luisa esperaban temblando.

—El culpado debe sufrir su castigo, murmuró al fin el coronel con voz conmovida: pero ¿porqué envolver en él al inocente también?

—El castigo es el atributo de la justicia, no del amor: un padre ama, pero no se torna en juez! exclamó Luisa con acento enérgico y decidido.

—Hay faltas.... exclamó el coronel, hay faltas para las cuales no debe haber indulgencia.

—¡Ninguna puede superar al cariño que Dios puso como un sello sobre el corazón de los padres! ¿Qué! ¿Por ventura no nos da Él mismo ejemplo? ¿Donde hay una culpa que no se borre á sus ojos con una palabra, con una gota de llanto! ¿Donde hay delito que sea tan inmenso como su bondad, que sea tan grande como su amor?

—Niña, Dios....

—Es el modelo sublime que debemos imitar!

—Pero....

—Y si ya no hay piedad, si ya no hay misericordia, dejadme salir de esta casa, porque yo tampoco debo permanecer entonces aquí!

Y Luisa dominada por un sentimiento superior y con mucho á su razón, refirió con dolorosa elocuencia los tristes sucesos que habian ocasionado la muerte de su padre, la prision de su infeliz madre, diciendo al terminar.

—Sí; mi lugar, el lugar de los infortunados no está en aquel donde exista la indulgencia y la misericordia y la compasión!

Esteban conmovido como nunca lo habia estado, cogió la mano de Luisa y atrayéndola hacia sí la estrechó en sus brazos con un sentimiento inexplicable de ternura y admiración.

Si le rogaba con tanto calor por su hijo, si le defendía con tal decisión, mucho debía amarle por cierto, y ¿qué padre no agradece, y bendice el amor que se profesa á su hijo?

El lugar que Luisa dejó vacío á los pies de Esteban, lo ocupó Marta en aquel instante.

La infeliz no tenia fuerza para suplicar; pero al ver su semblante pálido y desencajado, sus ojos enrojecidos, su mirada anhelante, se adivinaba lo que pasaba en su corazón.

Cogió una mano de su esposo y la acercó á sus temblorosos labios, sin atreverse á pronunciar una frase siquiera.

Esteban volvió los ojos, los fijó en ella con una compasión infinita y estrechó aquella mano querida.

—Perdon! murmuró entre sollozos Marta perdon.

—¡Oh! sí; sea! respondió Esteban vencido ya enteramente, sea!

—Y ¿no partirá? gritó Luisa con alegría delirante.

(Continuara.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## EL APOSTOLADO DE LA FAMILIA

Una mujer cristiana, deshecha en lágrimas, oraba postrada á los pies de un Crucifijo. Su hija, habiéndola sorprendido en esta actitud, le dijo con la mayor ternura:

—V. sufre, madre mía. ¡Oh! por favor le suplico me comunique la causa de su aflicción.

—Hija mía, contestó la madre con tristeza; ruego por tu hermano.

—¿Acaso ya no ama á V.?

—Creo que todavíame ama, pero no así á Dios; y bien sabes, hija mía, que cuando el amor de Dios es lanzado de un corazón, pronto siguen la misma suerte el amor de la familia y del deber.

Aquella noche la piadosa niña, arrodillada en su aposento, elevó al Señor fervorosas súplicas por la conversión de su hermano.

Al siguiente día, sin duda por permisión de la divina Providencia, vino á sus manos un excelente libro que fué para la jóven una revelación. Tomando la pluma escribió las siguientes líneas acomodándose á la lectura que acababa de hacer:

«Breves preguntas á las cuales espero y ruego á mi hermano que dé pronta respuesta.

«¿Como es que mi hermano, tan agradecido á la mas pequeña atención de mi parte y dispuesto á complacerme, olvida tan fácilmente á Dios, á quien es deudor de una madre amante, de una posición que le pone al abrigo de la miseria, y de una salud que le permite gozar de la vida, sin que nunca le tribute las debidas acciones de gracias, ni eleve al trono del Altísimo una oración por la mañana al despertar ni al entregarse al descanso de la noche?

«¿Acaso mi hermano se ha vuelto ingrato?

«¿Como es que mi hermano, tan exacto en cumplir sus deberes y puntual en su trabajo, viola con tanta indiferencia los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y deja que su madre y su hermana vayan solas á Misa y solas se acerquen á la sagrada Mesa, sabiendo que es obliga-



torio practicar estos actos religiosos, y habiendo renovado públicamente las promesas que se hicieron por él en el Bautismo?

«¿Acaso mi hermano es un *rebelde*?

«¿Cómo es que mi hermano, que ha recibido una educación cristiana, que no ha perdido la fe, que comprende todo lo que debe á Dios y á su Iglesia, no se atreve á dar exteriormente muestra alguna de religión, ni siquiera á hacer la señal de la cruz, y permite que en su presencia se ataque á Dios, á la Iglesia, á los sacerdotes, sin rechazar nunca unos ataques que saben injustos y engañosos?

«¿Acaso mi hermano se ha vuelto *cobarde*?

«¿Cómo es que mi hermano tan prudente y comedido á mi lado, y orgulloso de verme cándida y pura, y que impone silencio con tanta energía á las palabras un poco libres que se pronuncian ante mí, lee á escondidas libros que no me dejaría leer y que procura ocultar á los ojos de su madre?

«¿Acaso mi hermano es un *hipócrita*?

«¿Como es, en fin, que mi hermano, tan amante con su madre y tierno conmigo, y tan feliz en otro tiempo viviendo á su lado, parece que huye cada vez más las caricias de su madre, baja la vista en mi presencia, y se muestra impaciente cuando tiene que estar algún tiempo en nuestra compañía?

«¿Acaso mi hermano se vuelve *olvidadizo*?

«Hermano mío, hermano mío! responde á mis preguntas.»

Y la piadosa niña se arrodilló algunos minutos ante una imagen de la santísima Virgen, pidiéndole se dignara bendecir su escrito, y después lo puso sobre la mesa de su hermano.

Antes de la cena que los reunía á todos, la joven esperaba ansiosa á la puerta del comedor.

Su hermano, al entrar, con los ojos llenos de lágrimas, corrió hacia ella, y estrechando sus manos con efusión, le dijo:

—Hermana mía, con una sola cosa voy á contestar á todas tus preguntas: antes de retirarnos á nuestros cuartos harémos juntos la oración de la noche.

Madres y hermanas desconsoladas, no sabeis algún corazón á quien el vicio no ha corrompido todavía, y á quien semejantes líneas pudieran hacer algún bien?

## CORRESPONDENCIA.

*San Ildefonso.* Sta. de W., le damos las gracias por su eficacia, y quedan recibidas las 15 pesetas.

*Santa Eulalia.* Sra. Doña C. C., recibidas las 3 pesetas, conforme con su cuenta y remediada la equivocación.

*Santa Pau.* Sra. Doña N. E., en nuestro poder las 4 pesetas.

*San Silvestre.* Sr. D. J. A. M., estamos conformes con su cuenta, recibidos los 18 reales.

*Sebulcor.* Sr. D. E. L. O., quedan en nuestro poder las 17 pesetas.

*Santiso.* Sr. D. J. M. L., recibidas las 4 pesetas y le remitimos los números que reclama.

*Santander.* Sr. D. T. S., la cuenta que me pide es de 102 rs., pues las dos suscriptoras tienen los años 77, 78 y lo que vá de 79.

*Terque.* Sra. Doña E. P., quedan en nuestro poder las 6 pesetas.

*Tordemezcar.* Sr. D. S. G., tenemos el gusto de remitirle el número que desea y de anotar en su cuenta las 2 pesetas que remite.

*Tarifa.* Sra. Doña R. G. G., doy á V. mi sentido pésame por la muerte de su señor padre, y le deseo consuelo. Quedan abonadas las 4 pesetas que envía.

*Lorca.* Sr. D. F. E., nuestras reclamaciones se dirigen á los deudores de un año ó seis meses, pero nunca á los que como V. tienen sus pagos al corriente.

*Linares.* Sra. Doña F. A., en nuestro poder las 10 pesetas.

*Lalin.* Sra. Doña C. F. de P., nos alegramos de su restablecimiento. Se han recibido las 5 pesetas.

*Toro.* Sr. D. A. R., anotadas en su cuenta las 10 pesetas que remite.

*Junquera.* Sr. D. A. A., han llegado á nuestro poder las 4 pesetas que envía.

*Velez Benaudalla.* Sta. Doña F. P., ya sabe V. que siempre deseamos complacerla, por lo tanto remitimos á Doña C. M. todos los números que le faltan. Las 9 pesetas que remitió se han anotado según indicaba.

*Valle-hermoso.* Sr. D. R. B., quedan en nuestro poder las 5 pesetas, hemos anotado 3 á cada uno de los suscriptores, con lo cual solo quedan á deber 12 reales cada uno hasta fin de diciembre del 79.

*Viso de los Pedroches.* Sr. D. J. C., mucho sentimos su enfermedad, y pedimos á Dios su pronto alivio. Los 30 reales quedan en nuestro poder.

*Téldc.* Sra. Doña A. R., se le ha remitido el número que pedía, y repásada su cuenta debe á esta administración hasta fin de abril del 80, 12 pesetas.

*Vigo.* Sra. Doña C. N., tiene V. abonado hasta fin de abril y su hermana debe todo el año 79.

*Cádiz.* Sra. Doña C. D. de G. de L., recibidos los 14 reales.

*Monterroso.* Sr. D. C. V., quedan en nuestro poder los 12 rs.

*Murcia.* Sr. J. J. R. de T., anotados en su cuenta los 52 reales que envía.

La Directora.

—Imprenta de La Madre de Familia.